# Peronismo

José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**45** El secuestro de Aramburu



Suplemento especial de
Página|12

**1.**

Hay una primera certeza: el general suele salir de su casa alrededor de las once de la mañana. Pero no siempre. Lo que demuestra que no habrá certezas absolutas. Salvo la decisión de matarlo, pero esa certeza es de ellos. Lo demás, la realidad, no ofrece garantías de ningún tipo. Todo es riesgo, terreno inseguro. El general sale a veces, a veces no. De modo que atraparlo en la calle será azaroso. Y dejar las cosas libradas al azar no es aconsejable. Hay que partir de hechos seguros, que tengan la regularidad del movimiento de los astros. Hoy salió. Mañana, quién sabe. Lo ven desde la vereda de enfrente, desde una sala de lectura, tal vez una biblioteca, del colegio Champagnat. El general camina tranquilo, no tiene apuro. Está en medio de muchas tramas, tiene demasiados planes. Está en el centro –un centro opaco porque es secreto, conspirativo– de la política nacional. Quiere que Onganía se vaya. Es un torpe corporativista, un Franco tardío, alguien que no entiende nada. El general, sí. El general entiende. Hay que negociar en serio con el peronismo. El esquema de excluirlo, de marginarlo del juego político, debe terminar. No va más. El lo intentó al principio, en 1955, cuando lo echó a Lonardi, que los respetaba demasiado a los peronistas, que los quiso integrar desde el vamos. *Ni vencedores ni vencidos*. Un tonto, un flojo, un nacionalista católico con el corazón de un monaguillo ingenuo. Estos nacionalistas apenas si saben hacer batahola, alzamientos. Después, los liberales tienen que arreglar todo. Gobernar. A Uriburu tuvo que arreglarle el desorden Justo. A Lonardi, él. No, ahí, en el '55 sólo era posible la mano dura. O eso le pareció. Tiene que ser posible desperonizar a este país de mierda, se dijo con rencor, con bronca, con sed de revancha. Si no alcanzó con el bombardeo de junio, con el golpe de septiembre, habrá que insistir. Seguir pegando fuerte, donde les duela. Esconderles a la Perona, que no la vean más. Si no, el desastre. Dondequiera que la pongamos irán en manadas a rendirle culto. Otra que la Difunta Correa. No, la difunta Eva, en el país, nunca. Llévensela. Pónganla en cualquier lugar del mundo. Aquí, no. Nadie podrá negarle al general el empeño que puso en desperonizar el país. Inútil. El país se obstinaba en ser peronista. El, que llevó la desperonización al extremo de la muerte, que hizo fusilar al general Valle en una penitenciaría, que no recibió a su mujer, que le dijo que dormía, él, que ordenó o aceptó sin que un solo pelo se le moviera los asesinatos clandestinos, hoy quiere negociar, hablar con los enemigos. Es lo único que resta y lo que sin duda funcionará. Con cautela: primero con los sindicalistas y los políticos democráticos, conciliadores. Decirles con claridad: habrá, pronto, elecciones y ustedes se podrán presentar. Y si ganan tendrán lo que ganaron. Y si es el Gobierno, será el Gobierno. Y si quieren traerlo a Perón, hablaremos. Todo puede ser. Pero en calma. Todos tirando para el mismo lado, el de la democracia argentina, el de la institucionalización. Al general, ni siquiera le resulta paradójico que sea él quien se haya puesto al frente de eso. La historia –suele confesarse– nos cambia a todos. Algo habrá hecho también con Perón. Eso, lo que hizo con él: cambiarlo. No puede ser el mismo. Si él, que es un vasco cabeza dura, supo apartar los viejos odios de su corazón, ¿por qué no el hombre de Puerta de Hierro? Al cabo, los años no pasan en vano y a Perón le han pasado unos cuantos. Se lo ve viejo, o cansado. Como si sólo el odio o el afán de la revancha lo mantuvieran en pie, lúcido. Si le damos un par de gustos, se va a calmar. Le devolvemos el uniforme. Lo ascendemos a teniente general. No ha de haber dolor más grande para un hombre de armas que la degradación y la ausencia de la patria a cuya defensa dedicó su vida, o juró hacerlo. Le devolvemos el uniforme y se acabó: es nuestro. Ahora, calme el país. Póngase del lado de la gente de honor. El general cree, con orgullo, que la suya es la tarea de un verdadero estadista. O más: la de un patriota. Ese gesto, tenderle una mano a su viejo enemigo, mirar hacia el horizonte con rencores agonizantes, desleídos, tiene grandeza. ¿La tendrá Perón? Si no la tiene, tendrá otra cosa: el cansancio de los años, el deseo de reposar. La guerra terminó. Venga, otra vez es uno de los nuestros. Un militar de la nación. Ponga a cualquiera de los suyos de candidato y punto. Si ganan, ganan. Usted no, a usted no lo vamos a dejar. Presidente, usted, no. Créame, es un favor que le hacemos. Desgasta mucho el poder. Le damos lo que quiera, lo que pida, pero no la presidencia. No puedo. Puedo mucho, pero no todo. Nadie puede todo. Ni usted pudo. Pero le doy mi palabra: Onganía se va. El escollo es él, la gente como él. Usted los conoce bien. Son esos a los que llama gorilas. No toleran ni escuchar su nombre. No cambiaron. Yo sí. Soy el hombre que este país necesita. Usted es el otro. Rabiosos enemigos de ayer, hoy estamos juntos y le vamos a crear una salida a este laberinto que nos sofoca desde hace ya 15 años. Tiene mi palabra de caballero y de soldado. Pero usted ponga lo suyo, Perón. O si lo prefiere, y sé que lo prefiere, general Perón. Nada de comunidad organizada, republicanismo. El Partido Justicialista, si entra al sistema, entra como partido del sistema, ¿está claro, no? Póngales freno a los sindicalistas duros, a los sacerdotes levantiscos, a los guerrilleros que andan invocando su nombre y a los que no. Estamos a tiempo. Podemos hacerlo sin que corra demasiada sangre. Nada de Movimiento Peronista, general. El país necesita un democrático Partido Justicialista si quiere entrar en la carrera electoral. Yo voy a ir con el mío, con Udelpa. Si gano, gano. Si no, me conformaré con haber sido el artífice del ordenamiento definitivo de la república.

**2.**

Ahora ha vuelto a su casa. Ni sospecha que lo vigilan. Ahí nomás, desde la sala de lectura del Champagnat. Si lo supiera, acaso pensaría que somos arcilla blanda, fácil, en manos de una historia que creemos hacer y nos hace entre sorpresas, pasmos. Que uno cree ser el creador de sucesos nuevos, impensados. El patriota que lleva la historia del país a un lado, luego a otro. El hombre providencial. El que ayer echó al peronismo, el que hoy lo traerá para beneficio de todos. Pero no lo sabe. No sabe nada. Se deja llevar por sus pensamientos, tiene cientos de ideas, de imágenes, de proyectos. Imagina un país de unidad, de paz ciudadana, de progreso. Un país hecho posible por su sincero, honesto patriotismo. Tiene, cree, todo bajo control, el plan perfecto, el que no puede fallar, el que le tallará esa estatua que no duda merecer. Pero sólo hay algo que ignora. Ignora que, desde la vereda de enfrente, lo vigilan. Ignora que, en poco tiempo, lo matarán. Ignorar eso es ignorarlo todo. La vida es así, tan imprevisible que mete miedo.

Los jóvenes lo ven entrar en el edificio. Ahí, donde vive. Todavía no saben dónde secuestrarlo ni cómo. Saben que lo van a hacer, sea como sea. Toman notas. A eso le dicen "fichaje externo". Nadie los molesta. La sala de lectura o biblioteca es un páramo o un lugar en que aparece, raramente, algún distraído, busca un libro y se va. Fichan, también, desde la avenida Santa Fe. Ahí hay un cabo con sobrepeso, de pelo rubio. Esto debió haberles llamado la atención. El pelo rubio. Pero el tipo tendría cara de poca cosa, un simple cabo de consigna; nada grave. Todo parece fácil. ¿Por qué no aprovechar esa caminata matinal y levantarlo en la calle? Bastaba con tapar la luneta del auto con una cortina y las dos ventanillas colgando dos trajes: uno en una; otro en otra. Desechan la idea. La calle es siempre un riesgo. Hay que aprovechar la debilidad que ofrece la víctima. Esa debilidad es que carece de custodia. Suena raro, pero es así. El tipo que fusiló a Valle, que escamoteó al pueblo el cadáver de Eva, que mató a los compañeros de José León Suárez, no tiene custodia. Nadie lo cuida ni él pide que lo hagan. ¿Se considera invulnerable o inocente? La ausencia de custodia decide la modalidad del operativo. Ellos le darán la custodia. Ellos serán su custodia. Lo custodiarán hasta su muerte. Pero, ahora, tienen que custodiarlo en tanto lo sacan de su casa. Hay problemas. El general vive en el octavo piso. Hay que llegar hasta allí sin despertar sospechas. En la Argentina de 1970 nadie despertaba menos sospechas que un militar. Al contrario, despertaba temor, reverencia. Gobernaban y eran duros gobernando. Los jóvenes toman una decisión brillante: habrán de subir hasta el octavo piso disfrazados de oficiales del Ejército Argentino. Ignoran (porque ellos también lo ignoran todo o casi todo) que habrán de terminar su carrera usando también uniformes militares. Pero falta para esto. Falta demasiado. Esta historia recien empieza.

Uno de ellos, al que le dicen el Gordo Maza, sabe cómo caminan, cómo miran, cómo hablan los militares: fue liceísta. Todo tipo que pasó por un Liceo Militar algo se llevó de ahí. Algo de milico se le pegó para toda la vida. Algunos, por ejemplo, caminan erguidos y levantan el culo. Otra cosa: les cuesta dejar el hábito de levantarse temprano. Todo civil conoce esa frase con que se ironiza sobre esa invariable habitualidad militar: *Al pedo, pero temprano*. El Gordo Maza le enseña al compañero que entrará a buscar a Aramburu cómo, si no ser, al menos parecer un militar. El compañero aprende rápido. Tiene esa tendencia: la rapidez; odia lo lento, lo mediato, incluso lo complejo. Esto lo define como lo que es: un hombre de acción. Se llama Fernando Abal Medina, tiene 23 años y un pasado tumultuoso. Tenemos que hablar de él, ya. Será el que cargará sobre sí el peso de la ejecución. Porque ese día, ese viernes de mayo, el general habrá de morir y él habrá de matarlo.

Fernando nace en 1947. Importa señalar que ocho de sus primeros años los pasó bajo el primer gobierno de Perón. Ese gobierno –esto se sabe– decía estar en contra de todos los privilegios, menos uno: el de los niños. *En la nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños*. Fernando vivió ocho años como un niño peronista feliz y privilegiado. Tenía otro privilegio: formaba parte de una familia próspera y católica. Entra en el Nacional de Buenos Aires. Es alto, flaco, tiene una cara como tallada, con pómulos rocallosos. Tiene, también, una inteligencia notable. Pero hay en él más fuego, más ardor que reflexión. O piensa de tal modo que las ideas se le vuelven tormentas, atrapan los acontecimientos con celeridad y esa celeridad busca la acción, esa acción, que proviene de un temple fragoroso, se dará, casi siempre, en la modalidad de la violencia. No es azaroso que a los 14 años lo encontremos en el Movimiento Nacionalista Tacuara. Ahí coincide con sus compañeros del Buenos Aires: Mario Firmenich y Carlos Ramus. Los conoció repartiendo cadenazos y puteando a todo el que les pareciera desagradable. Si era judío, peor. Habrán de cambiar. Todavía no. Ahora están en Tacuara. Les gusta ser malos. Se ponen de moda. No ellos, Tacuara. Se peinan a la gomina, bien tirante, hacia atrás. Conocen a Rodolfo Galimberti, de breve paso por la organización, más joven que ellos, pero un tacuarista que jamás habrá de abandonar el pelo a la gomina. Que usará sacones de cuero, a lo Rommel. Son los primeros años de la década del sesenta. Por la televisión, un comercial se dirige a ellos. Un comercial de *Brancato,* la gomina de la época. El comercial es así: aparece un tipo joven y se pasa, feliz, la mano por su pelo tirante, bien Tacuara. En *off* una voz dice: "*Brancato*, como te gusta a vos, Juan Manuel". Juan Manuel es por Juan Manuel de Rosas, el caudillo federal al que los Tacuara admiran. Aquí, uno podría pensar: están perdidos. Sólo van a ser otra pandillita de pibes fascistas, violentos, con cadenas y manoplas. Fajadores de judíos y de homosexuales, sólo eso. No, nada –en esta historia– es lineal. Presumiblemente habrán concurrido a charlas secretas y cavernícolas de un cura cavernícola: Julio Menvielle. Tal vez otro cura, Sánchez Abelenda, no les haya sido desconocido. Podemos, con coherencia, inferir que una educación política basada en lecturas de Maurras, de Alfred Rosenberg y de Adolf Hitler no será la base adecuada para la militancia de izquierda que luego iniciarán. La escasa o nula frecuentación de libros como las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal, El Capital, El Estado y la revolución* o los *Cuadernos* de Antonio Gramsci tiene que haber pesado en errores que habrán de cometer. Entre tanto, los apasiona más el *vivere pericolosa-*

*mente* mussoliniano que la dialéctica del Amo y el Esclavo de Hegel, que ignoran y casi todos ignorarán siempre. Se acercarán a Hegel leyendo a Clausewitz. Pero falta. Será cuando se hagan peronistas. Todavía están en Tacuara. Les atrae el revisionismo histórico nacionalista: los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, José María Rosa, Carlos Ibarguren, Ricardo Font Ezcurra. También Jauretche, pero Jauretche es otra cosa. Probablemente en él, en esa prosa juguetona, hiriente, siempre polémica, hayan olfateado el olor del peronismo.

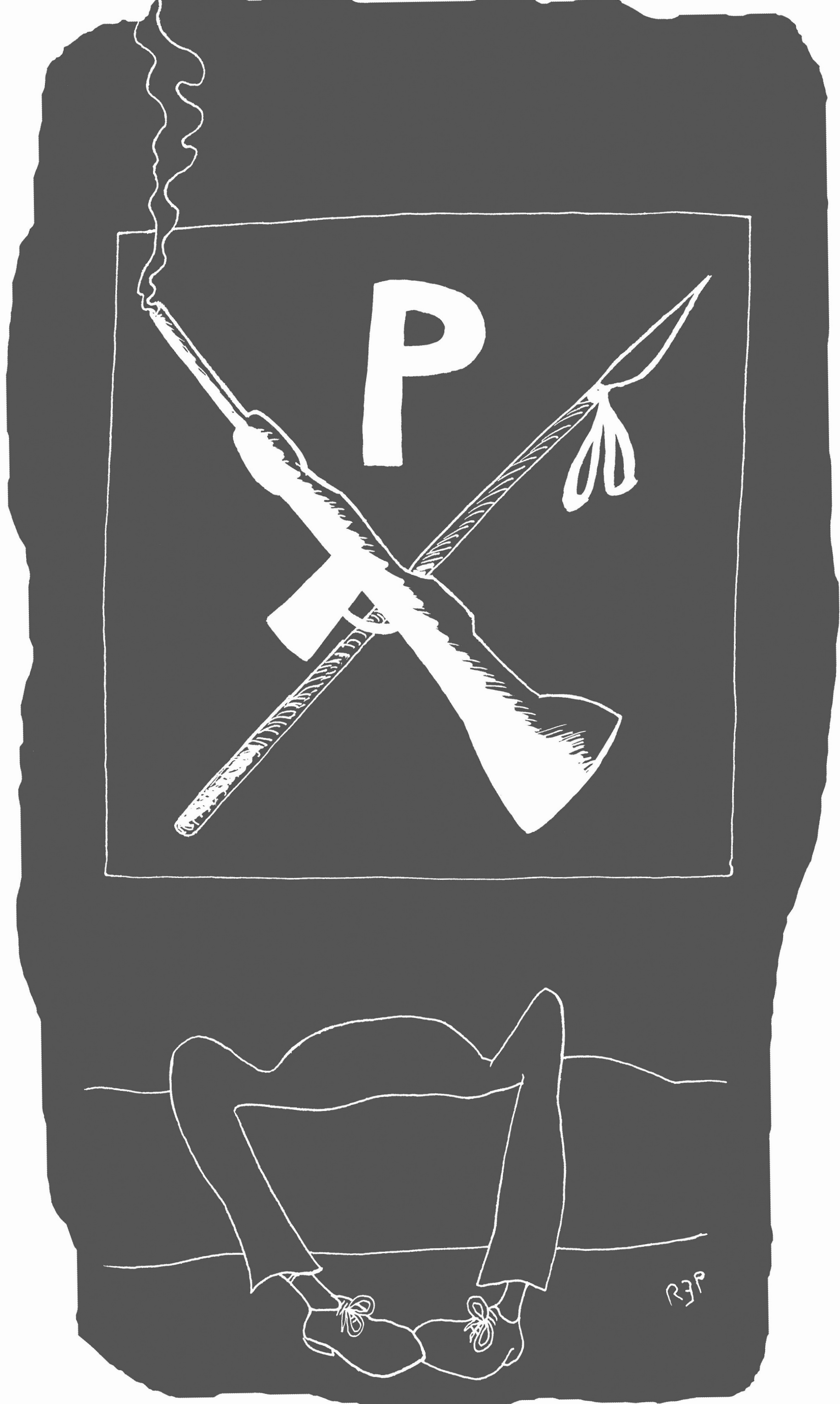
## 3.

Fernando, al poco tiempo, habrá de conocer al sacerdote Carlos Mugica. Todo, ahora sí, empieza a cambiar. El Movimiento Nacionalista Tacuara se escinde en el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. El demoníaco cura Menvielle enfurece y crea la Guardia Restauradora Nacionalista, que son como Tacuara o peor. Su sigla, hay que reconocer estas cosas, es ingeniosa y cruel: GRN. Es un rugido. Menvielle y su Guardia son felinos rabiosos dispuestos a cazar comunistas, judíos y masones. Fernando no. Nadie conocía a Carlos Mugica y seguía siendo el mismo. Mugica ha hermanado a Jesús con la justicia social. Era un hombre de ojos claros, rubión, estatura mediana, no alto, inteligente, sensible. La revolución no era para él un atajo para dejar los hábitos. Creía que Jesús había venido a traer la espada, no sólo la cruz. No sólo el amor, sino el amor que se expresa a través de la lucha. El único amor: el que nos lleva a amar a los desposeídos. Imaginaba a un Cristo como el que Evita imaginara en un texto que él no llegará a conocer, *Mi mensaje*. Le habría gustado leer esta frase: "Tenemos que convencernos para siempre: el mundo será de los pueblos si los pueblos decidimos enardecernos en el fuego sagrado del fanatismo. Quemarnos para poder quemar, sin escuchar la sirena de los mediocres y de los imbéciles que nos hablan de prudencia. Ellos se olvidan que Cristo dijo: 'Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero sino que arda'". Estas palabras habrían sido un vértigo para Fernando. Mugica las encarnaba menos. No le era ajena la decisión esencial del católico revolucionario. La que, mejor que nadie, dice Eva: *quemarse para poder quemar*. Pero Fernando la encarnaba hasta los confines. Su vida era eso. Se destinó para que eso fuera, y eso fue. Fernando Abal Medina se quemó para poder quemar. Lo que no buscó en los grandes teóricos del socialismo se lo entrega Mugica. Porque no alcanza con la decisión de quemarse para poder quemar. Hay que saber cómo quemarse. Y, sobre todo, qué quemar. Mugica le habla del cura guerrillero Camilo Torres, el colombiano. Le habla de la lucha armada. Le hace conocer a los Sacerdotes del Tercer Mundo. Le habla del peronismo. De la Revolución Cubana. Hasta de John William Cooke le habla. Lo arranca del nacionalismo violento de Tacuara. Y hasta de la escisión, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, que enfureció a Menvielle. Carlos Mugica le habla del pueblo y del amor a los desesperados. Le dice que un revolucionario no es un hombre que odia, sino un hombre que ama. Y lo que un revolucionario ama es el pueblo. Ser revolucionario es amar a los pobres, optar por los pobres. Le dice también algo definitivo: los pobres, en nuestro país, son peronistas. Fernando es ahora parte del rebaño de Mugica. Años más tarde, Mugica será asesinado. Los servicios de información buscarán acusar a la organización que fundó, junto a sus amigos (los que están por secuestrar a Aramburu), Fernando: Montoneros. Pegarán afiches en el microcentro. En ellos se ve a Mugica rodeado de corderos. Entre ellos, hay lobos. Se lee una frase en el afiche. La frase dice: "Había lobos en tu rebaño". Fernando jamás habría podido ser el lobo de Mugica. Ni él ni ninguno de sus amigos. A Mugica lo matarán los que habrán de pegotear esos afiches por Buenos Aires. Pero falta para eso. Y mucho. Anotemos esto: la influencia de Mugica es decisiva. El amor antes que el odio. Amar al pueblo, luchar por él y hasta matar por él. Pero no matar por odio, matar por exceso de amor y porque no les han dejado otro camino. Porque un país ilegal, antidemocrático, que se desliza de una dictadura a un gobierno civil obediente e ilegítimo y luego a otra dictadura, sofoca a los jóvenes de corazón puro y los arroja a la violencia. No es de ellos la culpa. No es ése, el de la violencia, el camino que habrían elegido en un país libre, democrático, sin proscriptos ni proscripciones. Son víctimas, pensará Mugica, los jóvenes cristianos han sido arrojados a la violencia por la ceguera de los gobernantes, por la oligarquía, por los militares, por los malos curas, por la insensibilidad de esa Iglesia contra la que él, infructuosamente, luchará siempre. Deberemos ver, ahora, qué ha priorizado Fernando del mensaje de Mugica. Porque amar al pueblo es odiar a quienes lo explotan. Y cuanto más se ame al pueblo más se odiará a sus explotadores. Y cuanto más se los odie más necesario se tornará matarlos. Por eso Fernando, ese viernes de otoño, está decidido a matar al general Aramburu, ese asesino de patriotas, ese militar transformado en político, ese político que busca una salida para el régimen, ese régimen que explota a los pobres, ese régimen que hay que voltear, aniquilar de raíz. Aramburu quiere abrirle una salida, salvar, con mejores modales, con inteligencia política, la estructura del país capitalista explotador. Y meter a Perón en esa aventura infame. Duro con él. Fernando no duda: hay que librarse de Aramburu. Sólo así el país se salva, la patria se torna posible.

## 4.

Es decisivo que Emilio Angel Maza tenga conocimientos militares. Pero además de tener esos conocimientos hay que ser visto como un militar. Fernando es muy joven. Sin embargo, ha practicado con eficacia. No le resultó demasiado arduo meterse en la piel de un milico. Fernando, esto debe ser dicho aquí, es la pareja de la única mujer de la operación. Le dicen Gaby y es Norma Arrostito, la montonera. Mujer al fin, arregla el uniforme de Fernando, que le cuelga por todas partes, aguja e hilo. Para algo fue niña, jugó con muñecas, las vistió, les hizo vestiditos o arregló los suyos. Es improbable que haya estudiado corte y confección como las mujeres de la época. Difícil imaginarla en eso. Pero vistiendo y desvistiendo a sus muñecas, lejos, en sus primeros años, sí. Mírenla ahora: cosiendo la ropa de Fernando, que es su pareja, que están juntos desde hace dos años. Gaby es mayor que él. Eso le gusta. Admira el coraje y el ardor de Fernando, su niño belicoso. Hoy se escriben libros sobre ella, se hacen películas. ¿Qué fascinación ejercen estos jóvenes? Lo veremos, pero no son destinos rutinarios. Hoy, siglo XXI, todo se ha vuelto demasiado previsible. No hay aventuras. No hay osados. Probablemente esto explique la bronca que muchos –escritores jóvenes, periodistas retro-posmodernos, políticos de derecha, defensores de los criminales de Estado– tienen hoy por Fernando y sus compañeros. Y más aún: por la amplia, la numerosa izquierda peronista en general. Se niega a toda una generación. Es posible que no nos preocupemos por ese tema. Que se preocupen ellos. Si quieren vivir envenenados eligieron un buen camino. De la generación del '70 no habrá de librarse nunca este país.

Hay inconvenientes, pero los superan. Una cuadrilla de luz o de gas empieza a arreglar la calle Montevideo. Se encrespan: ¿justo ahora? Pero no demoran en encontrar un sitio en que el pavimento no está roto. Todo se soluciona. El camino hacia Aramburu se despeja. Casi no temen, no vacilan: todo saldrá bien. Tienen, en Villa Urquiza, una casa operativa. De ella han partido ese día, desde ella fueron en busca de su objetivo. Está en Bucarelli y Ballibián. Hay lindos cines por ahí. Cines de barrio que luego serán barridos por los cines de los shoppings. Al cine de barrio uno entraba. Al cine del shopping, no. Entra al shopping. Una vez adentro busca el cine. Villa Urquiza es un barrio de clase media baja. De gente laboriosa, que abre temprano las persianas de sus negocios, que se alimenta de los créditos accesibles de las cooperativas. Está cerca de Saavedra, ese barrio marechaliano. Tienen, los Montoneros, un laboratorio fotográfico. Salen en busca de su presa. Que esa presa sea Aramburu transforma la aventura en un acto desbordante de historicidad. Pasemos algunos detalles por alto. Importa lo siguiente: en un Peugeot 404, en




el asiento trasero, van el Gordo Maza, con uniforme de capitán, y Fernando, que se sabe de memoria cómo habla, cómo se mueve y hasta cómo piensa un milico, con uniforme de teniente primero. No lo dudan: no los para nadie. Tampoco lo dudan: si algo sale mal, si todo se pudre, si tienen que morir, morirán. Detengámonos en esto. Saben que pueden morir. Que cualquier error y los matan. ¿Qué los lleva a aceptar, a asumir, un riesgo tan extremo, el más extremo? ¿Qué saben de Valle y los fusilados de José León Suárez? Poco. Sólo han leído *Operación Masacre* de Walsh y *Mártires y verdugos* de Salvador Ferla. ¿Basta tan poca bibliografía para jugarse la vida? Aclaremos: nadie podría reprocharles haber consultado *poca* bibliografía. No hay otra. Si la hay, está en algún sótano, oculta. Lo de Valle y la masacre de José León Suárez, al ser el punto más negro de la Libertadora, ha sido sistemáticamente silenciado por el país gorila. Sólo dos patriotas, dos tipos honestos, un peronista como Ferla y un escritor que empieza a dibujar su poderoso destino como Walsh, se le han atrevido al gran crimen soterrado, ese crimen que la complicidad de todos, *de todos*, condenó a la inexistencia. Pero estos jóvenes no se alimentan sólo de bibliografía. Estos jóvenes están tramados, construidos prolijamente por 15 años de dictaduras, de farsas militares y de farsas civiles. Onganía es un ser abominable, intolerable. Que ese troglodita se halle al frente del país es una afrenta al pueblo argentino. Para colmo, cuando, después de proclamar la pena de muerte, caiga, a su sucesor, un oscuro general que viene de Estados Unidos, un milico al que nadie conoce, lo anunciarán por televisión a eso de las 6 de la tarde. O antes. O después. Le dicen al país que hay un nuevo presidente y el país se entera, atónito, por televisión. Esto es un agravio. Una torpeza. Una risotada cuartelera, autoritaria. El país no sólo no votaba, no elegía a sus candidatos. A

este tipo ni la cara le conocía. Lo habían elegido los comandantes. Era el colmo del país bananero. Entre tanto, el líder que convocaba a millones de votantes seguía prohibido. Los jóvenes que suben en busca de Aramburu podrían preguntarse y preguntar: ¿eso no es violencia? Privarnos de nuestros más elementales derechos políticos, ¿no es violencia? ¿Quién creó la violencia, nosotros o el odio de ustedes, el país cerrado que hicieron desde el maldito '55? Estamos a punto de secuestrar a Aramburu. Y lo vamos a someter a un juicio revolucionario. Algo que ustedes no le concedieron a Valle ni a los que faenaron en José León Suárez. Si lo declaramos culpable, lo vamos a matar. Pero no vengan a decirnos que nosotros iniciamos la violencia. El lo hizo. El y todo el Ejército gorila que bombardeó una ciudad abierta, indefensa, en junio del '55. Ahí, para nosotros, empieza la violencia. Ese cargo le vamos a hacer. Dirá que fue la aviación de la Marina, que él no sabía nada. Sabremos refutarle esa patraña. Si espera salvarse con ella, se equivoca. De las bombas de junio surgió el golpe de septiembre. De ese golpe, la tiranía. Con distintas máscaras ha seguido hasta hoy y, con distintas formas, usted piensa continuarla. ¿No tiene el pueblo el derecho de sublevarse contra la tiranía?

Aquí surge un problema complejísimo. Alguien tiene que hacer la pregunta. Alguien tiene que preguntarles a estos pibes de 23, 22 y 21 años: ¿quién les dijo a ustedes que son "el pueblo"? En el Cordobazo se expresó el pueblo. Pero ustedes, ¿quiénes son? ¿Quién delegó en ustedes la representación del pueblo? ¿Por qué artilugio asumen algo tan complejo como "la justicia popular"? ¿Cómo pueden encarnar al pueblo si el pueblo se va a enterar por los diarios de la muerte de Aramburu? ¿Hubo una asamblea al menos? ¿El pueblo delegó su representatividad en ustedes? Insistamos, esto no tiene que resultar fácil: que ustedes maten a Aramburu, ¿por qué milagro de la historia habría de convertirse en un acto de "justicia popular"? Nadie osaría negar que el pueblo peronista odia a Aramburu. Pero también a Rojas. ¿Por qué no castigarlo a él? Cierto: el pueblo peronista *no sabe* que es Aramburu la figura de recambio del régimen. ¿Se lo dijeron? No, lo saben ustedes. Ustedes son la vanguardia. La vanguardia siempre sabe *más* que el pueblo. Por eso es la vanguardia. Pero ese *saber* condena a la vanguardia a actuar al margen del pueblo. A alejarse de él. Este alejamiento es peligroso. Produce un resultado paradójico y a menudo trágico: el pueblo no sabe lo que sabe la vanguardia; la vanguardia no sabe lo que sabe el pueblo. Al no saberlo, tampoco sabe lo que quiere. ¿Quería el pueblo peronista la muerte de Aramburu? ¿Quería, incluso, la de Rojas, al que odiaba más? ¿Conocen ustedes al pueblo peronista, a ese pueblo al que tanto invocan? Ustedes, jóvenes de clase media alta, que vienen del Nacional de Buenos Aires, del ultracatolicismo, del nacionalismo reaccionario, que son, aunque lo vean como una virtud y acaso en algún punto lo sea, *demasiado* jóvenes, ¿qué saben del pueblo peronista? Sin duda, algo saben. Pero, ¿tanto como para hacer justicia en su nombre, matando? Son preguntas incómodas, y lo son porque son las que hay que hacer. En ellas es demasiado lo que se juega. Adelantemos algo: estos jóvenes probablemente no representen al pueblo ni ejerzan ningún tipo de justicia popular. Pero el acto que están por cometer había sido trabajado por la compleja trama de la historia. No es un acto cualquiera, más allá de cómo terminemos por referirnos a él. Tal vez no exista un concepto que pueda contenerlo, agotarlo. El acontecimiento Aramburu es una creación impecable de toda una trama histórica, de todo un desarrollo de hechos que convergen hacia ese 29 de mayo de 1970, y cuyos principales creadores han sido los que abominarán de él. Estaba en el espíritu de los tiempos. Expresaba el elemento en que la historia transcurría. El asesinato de Rucci es un asesinato sin otra lectura posible. La palabra "asesinato" lo expresa por completo, lo contiene. Ocurre en un país cuyo mayor líder político ha sido consagrado por el *pueblo* (y aquí sí: el pueblo) con más del 60% de los votos. Aramburu muere víctima de la necedad, del odio, de la violencia de su propia clase. Muere en medio de un pueblo hastiado. En medio de una dictadura cavernícola, fruto de la política gorila que él inauguró. Aquí nos detenemos. No dejaremos de volver sobre estas complejidades, sobre esta historia espesa, oscura. No impenetrable, pero esa *penetrabilidad,* de por sí ardua, tiene con frecuencia un resultado desalentador: cuanto más penetramos en ella más compleja se vuelve, escamoteándonos la posibilidad de *una* certeza, de *una* totalización que cierre una destotalización incesante. Sigamos.

## 5.

Hay algunos leves sucesos que añaden tensión al relato. Los dejamos de lado. Nos concentramos en lo esencial. Aquello que no puede sino ser narrado. De pronto, para los que están afuera, sucede lo increíble, pero lo deseado: sale Aramburu por la puerta de Montevideo. El Gordo Maza lo lleva, campechano, con un brazo sobre el hombro. Parece, incluso, que lo palmeara como a un viejo amigo. Fernando lo tiene del otro brazo, fuertemente. Caminan sin apuro. Es un día cálido, luminoso. ¿Por qué no salir a dar una vuelta? Pero, un momento: ¿cómo se llegó a esto? ¿Cómo se logró sacar a Pedro Eugenio Aramburu de su casa?

Fernando y el Gordo Maza llegan al octavo piso. El Gordo tiene una pinta de milico que voltea. Fernando, menos. Pero lleva una metralleta bajo el pilotín. Nadie podría decir que no está preparado para cualquier cosa. El pilotín es verde oliva. Tocan el timbre. Abre la mujer de Aramburu.

–¿Sí?

–Somos oficiales del Ejército, señora. Venimos a hablar con el general.

La señora es. ¿Qué es la señora? O muy ingenua o muy confiada o está tan lejos de la verdad, tan lejos de lo que su marido significa y de los riesgos que puede correr, que se entrega a una amabilidad de dama británica, calma, dadivosa. Además, en 1970, una puerta se abría con más serenidad que ahora. Entre otras cosas, porque no había muerto Aramburu.

–Mi marido está bañándose. ¿Querrían tomar un café?

Los "oficiales del Ejército" aceptan. Aparece Aramburu. Se lo ve de buen humor. Acompaña con un café a estos jóvenes hombres de armas. Les pregunta algo elemental. Se los tiene que haber preguntado.

–¿A qué han venido?

–Usted está sin custodia, general. A nuestros superiores les pareció una situación inadecuada y nos enviaron a solucionarla. A partir de ahora puede considerarnos sus custodios.

Aramburu agradece. La última frase la ha dicho el Gordo Maza. Aramburu lo mira y tratando de ser suelto y agradable, dice:

–Usted es cordobés, ¿no?

–Sí, general –responde el Gordo Maza.

De pronto, la mujer dice:

–Tengo que retirarme.

–¿Dónde vas? –dice Aramburu, extrañado.

–Tengo que hacer un par de diligencias. No voy a demorar mucho. Te dejo bien acompañado. Entre ustedes, los militares se sienten más cómodos.

La mujer se va. Ni Fernando ni el Gordo Maza se ponen de pie. Algo que debió alertar a Aramburu. Sin embargo, parece más preocupado por el alejamiento súbito de su mujer. Quedan en silencio. Nadie sabe qué decir o nadie quiere decir nada. Se miran, como descifrándose.

La cara de Fernando se ha endurecido. El general lo advierte, preocupado. Es tarde. Fernando se pone de pie. Se abre el pilotín y saca la metralleta.

–General –dice–, usted viene con nosotros.

El café de Aramburu quedó sobre la mesa.

Está, ahora, frío.

(Continuará.)

NOTA: Tuvimos una larga conversación con Juan Manuel Abal Medina. Negó que su hermano hubiese estado en Tacuara. Hay muchos libros que contradicen esta afirmación. Como sea, lo digo para que se tenga en cuenta. Juan Manuel es un testigo privilegiado de toda esta historia y un hombre de una inteligencia privilegiada. Si Fernando no hubiese estado en Tacuara habría militado en grupos católicos no violentos. Y luego habría encontrado su camino al peronismo y a Montoneros por medio de Carlos Mugica. Yo, pese al respeto y la estima que tengo por Juan Manuel, creo que la imagen del personaje queda desdibujada si le extraemos el pasaje por el Movimiento Nacionalista Tacuara y luego su paso al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Hay versiones muy encontradas en todo esto. Daniel Gutman arroja sobre Juan Manuel una militancia en la Guardia Restauradora Nacionalista, "instrumento de los delirios antisemitas de Menvielle" (Daniel Gutman, *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 108). Difícil. Muy joven aún, Juan Manuel acompañó a Marcelo Sánchez Sorondo en el periódico nacionalista *Azul y Blanco*. No creo que la cosa haya pasado de ahí. Para haber militado en la GRN tendría que haber estado antes en Tacuara y nadie ha detectado su presencia en esa organización. La de su hermano, sin duda. Y, según vimos, la de Ramus, Y la de un temprano Galimberti. Volveremos sobre Tacuara, José Luis Nell, Joe Baxter y el asalto al Policlínico Bancario. Descartamos por ridícula la versión que pretende fundar una relación entre el nacionalista Onganía y los nacionalistas Montoneros a partir de la temprana adhesión de Fernando a Tacuara. Supone, ella, que esto habría determinado una unión entre el gobierno de la Morsa leporina y los montos para sacar del medio a Aramburu, el hombre que quería negociar con Perón. A esta interpretación pareciera venirle bien que Fernando Abal haya estado en Tacuara. Absurdo. Onganía tenía de ministro de Economía al ultraliberal Adalbert Krieger Vasena. Jamás los Montoneros se habrían aliado con él. Además, la muerte de Aramburu liquidó a Onganía. ¿Qué quiso hacer, suicidarse? Lo dicho: ridículo.

Lo decimos una vez más: esto es sólo el comienzo. Habrá, siempre, hechos contradictorios. Nuestra tarea, de todos modos, es más hermenéutica que heurística. La heurística se preocupa por la acumulación de los hechos. Cree, a menudo, que los hechos hablan, que deciden, que son contundentes. La hermenéutica es el arte complejo de la interpretación de los hechos. Aquí es donde trato de ubicar a la *filosofía política*. A veces, ante versiones contradictorias, es la reflexión la que debe decidir. La interpretación. Puedo tener mil informaciones diferentes acerca de Fernando Abal Medina: sobre si estuvo o no en Tacuara. Por fin, será el ensayista el que deberá dar su interpretación. Por ejemplo: creemos que la *totalización* que cubre al personaje y que lo explica y dentro de la cual él encuentra su explicación *totaliza* con mayor coherencia si Fernando estuvo, en efecto, en Tacuara: todo nuestro análisis, nuestro esfuerzo hermenéutico acerca del personaje nos lleva a esa conclusión. La filosofía política no es una ciencia. Es el modo de interpretar el mundo desde la praxis de sus sujetos. Si la política es praxis, la filosofía es reflexión sobre la praxis y los sujetos que la encarnan. Los sujetos actúan por convicciones –sean ellas simples, espontáneas, poco trabajadas o elaboradas *weltanschauung*, concepciones del mundo–, la filosofía nos debe entregar los fundamentos de esas concepciones, no las debe tornar traslúcidas. La política, cómo el sujeto que las porta las ha vehiculizado en la praxis. Esto no es una ciencia porque nada es verificable. No hay experimentación. No hay posibilidad de repetición del sistema experimental porque la praxis político-histórica no es un sistema experimental, es una trama siempre abierta, que no cierra nunca. Seguiremos con estos temas. También se verá su instrumentación en el modo de tratar los hechos que encaramos.

**Colaboración especial:**
**Virginia Feinmann – Germán Ferrari**

**PROXIMO DOMINGO**

**El secuestro de Aramburu (II)**